

B. 29685

u

# DISCURSO

LEIDO EN EL SOLEMNE ACTO  
DE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE

1880 A 1881

EN LA

## UNIVERSIDAD LITERARIA DE OVIEDO

POR EL DOCTOR

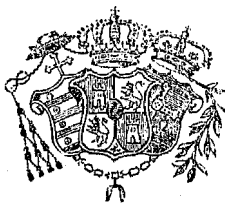
*D. Inocencio Faustino de la Vallina,*

CATEDRÁTICO NUMERARIO

DE

### HISTORIA UNIVERSAL.

ab. 547378



OVIEDO:

IMP. Y LIT. DE VICENTE BRID.

1880.

EXCMO. É ILMO. SEÑOR:

SEÑORES:

Dos hechos preocupan mi espíritu al dar comienzo á este trabajo: el deber reglamentario que me precisa á levantar mi voz en esta tribuna, por tan gloriosos recuerdos ilustrada, y el sentimiento de mi incompetencia; viniendo como á exajerar las dificultades de mi empresa la lucha entre la necesidad que me crean las disposiciones vigentes y la insuficiencia de medios para satisfacerla. Nada hay que tanto descorazone como el conocimiento de las escasas propias fuerzas ante las empresas árduas, produciéndose una especial situacion del ánimo, que, lejos de estimular los recursos latentes engrandeciendo y fortificando nuestra actividad, los disminuye y amilana; así que yo me vería por este solo concepto en el caso de suplicaros una atencion benévola, si ya no estuviera de antemano seguro de tenerla por las repetidas pruebas que de ella me habeis dado en el curso de mi corta vida científica. Y no debo ocultarlo, señores, esta seguridad que me favorece tanto como os honra á vosotros, ha de servirme como de firmísimo sosten para que no desmaye en mi tarea, admitida por necesidad, que no solicitada por indisculpable petulancia. Bien quisiera compensaros más que con un estéril agradecimiento, y esta idea fomenta en mí la de escojer para

tema de este discurso uno de esos acontecimientos capitales cuya sola enunciación basta para preocupar los ánimos, por las trascendentales consideraciones á que se prestan; así, ya que no puedan mis pobres ideas ser asunto suficiente para vuestra inteligencia, encontrará esta en sí misma los elementos necesarios para que esta solemnidad se os haga ménos enojosa; tal es la razón que me ha movido á disertar acerca de los antecedentes y consecuencias de la revolución religiosa que agitó á Europa en el siglo XVI, temeridad en que á sabiendas incurro para que cuestión tan importante oculte mi insuficiencia.

Entre las diversas razas de que se ocupa la Historia hay una que desde luego llama la atención por su actividad prodigiosa; sus hechos llenan la mayor parte del libro en que se consignan los procedimientos y los actos por donde la humanidad se encamina á la realización de sus destinos. Los anales del género humano están, en efecto, formados principalmente de los acontecimientos realizados por los hijos de Jafet, privilegiada raza cuyas preeminencias acusarían sus propias obras, si ya de muy antiguo no las hubieran proféticamente pregonado las Escrituras. Raza inquieta y bulliciosa llamada á señorearse del mundo, sus propias empresas llevadas á cabo tras de colosales esfuerzos, contribuyeron á formar su carácter, en que no es fácil distinguir cuando termina el sentimiento de la propia dignidad y dónde comienza el orgullo; pero, de cualquier modo, á quien haya contemplado una vez siquiera el desenvolvimiento de la vida humana en la Historia, se le alcanza desde luego que ha de ser difícil, por no decir imposible, que semejante linaje de hombres sufra imposiciones arbitrarias ya se presenten como mandatos del poder político ó como graves preceptos del orden religioso. No son posibles en la revuelta y agitada Europa ni las vastas monarquías de los momificados pueblos orientales, ni las sacerdotales dominaciones que encauzan la vida por invariables caminos y la encierran en eternos moldes. Y sin embargo, esta raza tan opuesta á los caprichos brutales del despotismo, como incapaz de ceder sumisa y medrosamente á las misteriosas imposiciones del santuario; esta raza, que en multiplicadas manifestaciones de su vida parecía refractaria á la idea de unidad, que en el terreno de la vieja Europa, entre-cortado por caudalosos ríos y elevadas cordilleras, dilacera-

do por mares, desmenuzado por accidentes geográficos, parecía tener la pauta de lo que había de ser su existencia; esta raza, que en todas las épocas de su larga historia parece fatigarse con la permanencia de las instituciones y con la inmovilidad de la vida, es la raza en que más profunda, más perennemente arraigó la Iglesia católica, cuyas doctrinas son fijas y que proclama la invariabilidad de dogma.

Y es que esta raza, donde más que en ninguna otra está impreso el sello de la dignidad humana, donde se rinde entusiasta culto al individualismo, donde se despliega en más variadas manifestaciones la actividad humana, no ve ajada aquella, ni quebrantada esta, ni contrariado el sentimiento de la propia personalidad por la acción del catolicismo, cuya historia se enlaza tan estrechamente á la historia política y social de los europeos, que sería vano intento tratar de separarlas. Y ¡cosa notable! cuando esta raza manifiesta más al vivo esos caracteres que la distinguen, cuando más conforme vive con su propia genialidad, al establecerse los pueblos bárbaros en sus asientos definitivos, espira la influencia de la Roma anticristiana y comienza el influjo de la Roma católica, como para demostrar que solo el espíritu de esta puede conformarse con el nuevo espíritu que iba á reinar en la Historia.

Hay en la vida de la humanidad momentos decisivos, que en su corta duracion encierran sin embargo todo un porvenir de siglos; la resultante de ciertos conflictos que se ciernen sobre el género humano en determinados periodos de su épica existencia, que se presentan como problemas pavorosos cuya solución es por sí misma la clave de todos los acontecimientos subsiguientes, interesan tanto como á los contemporáneos del suceso á las generaciones que vendrán despues en determinadas condiciones de vida, y cuya existencia va á estar de antemano impulsada, influida, condicionada por los hechos que les precedieron. Los límites entre la Edad antigua y la Edad Media señalan evidentemente uno de esos momentos críticos, y el más trascendental sin duda que pudiera señalarse. A impulsos de una sociedad guerrera, sin más cultura que la espontáneamente adquirida en las selvas que le sirvieron de refugio y la que permitían sus hábitos belicosos, estimulados por la codicia y mantenidos por sus creencias religiosas, cae, se desmorona otra sociedad decre-



pita, sin fuerzas para sostener los laureles en cien y cien combates adquiridos, y cuya refinada cultura intelectual se pierde ya en lucubraciones perjudiciales ó estériles. No podrían darse dos sociedades más antitéticas. Dominada la una por la acción absorbente del Estado, agitada la otra por el más completo individualismo; poseedora aquella de una legislación tan sabia que fué considerada como la razón escrita, dotada esta de una legislación rudimentaria que no necesitaba códigos para su enunciación; batalladora la una, enervada y pusilánime la otra; avezada aquella á dirimir ante la autoridad las querellas que surgían en su seno, amiga esta de confiar su solución al acero; depravada Roma en sus costumbres hasta el envilecimiento, de carácter sencillo los Bárbaros como la naturaleza su única educadora; el nuevo estado que se produjera del choque entre ambas tendría que ser un caos en que las solas fuerzas humanas no bastaran para establecer el orden. Dueños los bárbaros de la fuerza material, ébrios de orgullo por la conquista y sin derecho alguno que regulase la victoria, ninguna influencia hubiera escuchado á la sociedad romana, cuyas riquezas excitaban la codicia del pueblo dominador, y que no podría moderar á este ni por su literatura, que los bárbaros no comprendían, ni por sus leyes, que en la nueva situación eran letra muerta, ni por sus organismos administrativos, que eran un arcano para los vencedores. En tal estado, la fuerza bruta habría imperado arbitrariamente en la nueva sociedad, y esta moderna Europa, de cuya cultura estamos orgullosos, no habría podido constituirse entre los desenfrenados caprichos y las ciegas violencias.

Afortunadamente para la civilización existía la Iglesia, cuyos humildes orígenes en lo humano no presagiaban sin duda alguna sus altísimos destinos, y que llamada á tener en el porvenir de la humanidad influencia decisiva, pudo en sus comienzos resistir á las persecuciones de los tiranos, como después salió ilesa de sus asechanzas. Entonces principió á brillar esplendorosa en su misión, cuando hizo arrodillarse ante la Cruz, símbolo de redención, al vencido que espiaba con la sangre sus antiguas culpas y al vencedor que templaba sus feroces instintos en las aguas regeneradoras del bautismo. Las creencias, comunes desde que la Iglesia se apoderó de los pueblos bárbaros, determinaron la fusión de los

pueblos que habían de entrar á constituir las nuevas nacionalidades, y todo lo que algo valía de la cultura antigua fué cuidadosamente conservado, al paso que se daba forma á los nuevos elementos que aparecían en la nueva sociedad. La historia de la Edad Media no es, no puede ser otra cosa que el elogio de la Iglesia, bajo cuya tutela vive la Europa durante siglos, á cuya sombra nacen las libertades de los pueblos, se modera y organiza el ejercicio del poder público, se rompen las cadenas de los esclavos, se moraliza la familia, se protegen las letras, se da prodigioso vuelo á las artes y se cultiva el derecho.

Entre los azares de los tiempos medios, difíciles y calamitosos, pudo la Iglesia, á pesar de sus propias desventuras, tender una mano bienhechora á aquella sociedad perturbada; y resultado de sus esfuerzos fué la formación de la cristianidad, hermandad de naciones y de individuos, vasta asociación de pueblos y de monarquías, en cuya cima aparece el Pontificado como institución suprema y como poder moderador y tutelar. Para apreciar el valor inmenso de los eminentes servicios prestados á la civil por la sociedad eclesiástica, bastaría comparar los siglos que siguieron á la caída del imperio romano y los en que este imperio existió, con el siglo decimotercio, siglo tal vez el más glorioso de la historia y cuyas grandezas pregonan los nombres de Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, San Luis y el Dante, las catedrales de Westminster, Strasburgo y Reims, y las Universidades de París, Oxford y Salamanca.

Sin duda que no estuvo exenta de algunos abusos la Iglesia romana en todas las épocas de aquella dilatada historia; pero aparte de que en la mayoría de los casos fueron tales abusos resultado de causas que la Iglesia no podía evitar en absoluto, ¿podemos los europeos, descendientes de Bárbaros arrancados á la barbárie por sus generosos esfuerzos, que vivimos en sociedades formadas á su sombra, y que disfrutamos de una cultura debida á su atención solícita, censurar tan ingrata como acerbamente esa institución á que debemos en lo que más vale esta misma civilización de que nos mostramos tan soberbios?

El fenómeno, sin embargo, no sería nuevo; hoy, que podemos apreciar mejor los beneficios que de la Iglesia reportó Europa, porque los trabajos incansables de la moderna críti-

ca han puesto en claro muchos puntos difíciles de la Edad Media, las corrientes de ciertas tendencias, que desde hace siglos pugnan por imperar en Europa, crean en los espíritus un fondo de antagonismo, de inquina, diré más bien, contra la Iglesia romana, objeto de ataques incesantes, de apasionadas censuras; pero este fenómeno, repito, no es otra cosa que la prosecucion del sistema iniciado hace cinco siglos y de que la Reforma no fué más que una manifestacion importante. Grande sería el error de quien creyera que la profunda revolucion que agitó á la Europa en el siglo xvi fué una brusca sacudida del espíritu humano reclamando una falsa libertad, una manifestacion repentina sin precedentes. El volcan cuya erupcion siembra de estragos comarcas enteras en una época dada, tal vez en el espacio de pocas horas, ha manifestado ya con ruidos subterráneos, con densos vapores ó con fugitivas llamas la materia incandescente que en el seno de la tierra se agita; y la Reforma, cuyo resultado fué poner en general conflagracion á Europa, recorrida por incandescentes corrientes de ideas, había tenido serios preludios en los últimos tiempos de la Edad Media, cuya decadencia se anuncia ya con repetidas protestas en el orden religioso como en el orden político.

La cristiandad, formada por los esfuerzos de Carlo-Magno y de San Luis, de San Gregorio VII y de Inocencio III, se hallaba en plena disolucion desde el siglo décimo cuarto, y si no llegó con rapidez á una total ruina, debido fué á que la unidad con aquel nombre conocida no era una unidad material debida solo á la fuerza bruta, sino una unidad moral que ligaba con estrechos lazos los corazones y las inteligencias.

Para destruir obra tan sólidamente construida necesario era que se procediera con método, y forzoso es confesar que el método no faltó en esa empresa de destruccion y de ruina.

En un principio pareció que solo se trataba de separar en la existencia de las naciones el orden civil del orden espiritual; constituidas las nacionalidades, organizados más ó ménos perfectamente los poderes públicos, robustecida en beneficio del Estado llano la accion de la Corona; el renacimiento del derecho romano, con su carácter cesarista, exageró las pretensiones de los Reyes que, olvidando su propia historia y cegados por el prestigio que les rodeaba, rompieron con el Pontificado, apoyados todavía por el Estado llano represen-

tado en las Asambleas, y principalmente por los legistas que en el Estado llano se reclutaban. Ciegos instrumentos del espíritu de rebelion que empezaba entonces á manifestarse, los príncipes no vieron en el porvenir y creyeron fortalecer su poder cuando en realidad labraban su ruina. Felipe el Hermoso y Luis V de Alemania dieron ruidoso ejemplo, y como actos de esa naturaleza encuentran en las pasiones humanas consejeros y estímulos, no tardaron en ser imitados por otros grandes y pequeños príncipes, bastando á estos verse revestidos de la soberanía temporal, siquier fuera en un reducido rincon de Italia ó Alemania, para que negaran soberbiamente su obediencia ó regateasen su sumision.

Estos príncipes prepararon para sus dinastías un porvenir terrible: el periodo de las revoluciones con su cortejo de cadalsos y destierros. El orgullo por una parte y los intereses egoistas á que inmediatamente atendieron les hicieron romper el plan trazado por la Iglesia en aquella Edad, y tales extravíos produjeron sus naturales consecuencias. La lógica es siempre exacta é ineludible en las grandes y en las pequeñas cosas, pero su inflexibilidad se manifiesta más especialmente en aquellas, no porque entonces sea la lógica más inflexible, sino porque la muestra de un modo más claro la magnitud de las consecuencias. Cuando se atiende tan solo á los intereses del momento se pierde de vista el porvenir, porque las cosas presentes limitan el círculo de vision; cuando se procura ajustar la conducta del momento á grandes principios, á principios inmutables, todo se salva: el presente y el porvenir dependerán de ellos, porque nadie puede romper la relacion que existe entre las consecuencias y los principios.

Claro está que no es mi ánimo examinar ahora el sistema religioso político de la Edad Media ni en sí mismo de un modo absoluto ni con relacion á aquellos tiempos; me basta hacer constar que esas rebeliones de las soberanías temporales contra lo que Europa había considerado hasta entonces como bueno, fué uno de los precedentes de la Reforma y que desde entonces se encaminó rápidamente el mundo cristiano á la revolucion que más paladinamente se mostró en el siglo XVI; y me detengo con estudio en estos precedentes porque merece mirarse con todo detenimiento un hecho que de tan eficaz modo influyó en el porvenir de Europa; tan eficazmente,



que los hechos de hoy no son otra cosa que una derivacion legítima de los de entonces.

La lucha, que más abiertamente había de declararse más tarde, fué comenzada hábil y artificiosamente por Felipe IV, quien despues del escándalo de Anagni influyó para que el Papa elegido entre los prelados franceses abandonara á Roma para trasladar la residencia pontificia á un punto que, al paso que favorecía su influencia personal, podía ceder en desprestigio de las medidas y acuerdos emanados de aquella institucion. Tales propósitos, que un siglo ántes habrían sido completamente irrealizables, tuvieron á la sazón en parte éxito cumplido, y comenzó la *cautividad de Babilonia*, de que fueron coetáneas las contiendas de Alemania, bajo el pontificado de Juan XXII, y las locas tentativas del tribuno Rienzi; y decía que en parte se habían realizado los propósitos de Felipe el Hermoso, porque si bien no consiguió esclavizar la Santa Sede, también es cierto que cuando esta reivindicó su libertad á los ojos del mundo volviendo á residir en Roma, el prestigio de los Pontífices estaba ya quebrantado y profundamente herida su supremacía en los asuntos europeos.

Manifiéstase de nuevo la marcha de las ideas con la triste ocasion del gran cisma de Occidente, hecho hasta entonces inaudito, porque aunque antipapas se registran muchos en los anales eclesiásticos, siempre tuvo el Jefe de la Iglesia fuerza moral para que su autoridad fuese respetada; pero á la sazón, entibiado el sentimiento religioso, se sobreponían á la verdad el individualismo de las naciones y sus particulares intereses y simpatías, de modo que la cuestion religiosa quedó trasformada en una cuestion política. Intereses particulares se consultaban para decidir á quién debía prestarse obediencia, y fenómeno tan nuevo en la historia de la Europa cristiana acredita la trasformacion que en las ideas se estaba verificando, mientras que prueba la profundidad del mal el espectáculo que ofrecen la Asamblea de Pisa y los Concilios de Constanza y Basilea. Así que, si no había obispos que se atreviesen con la Cruz en una mano y en la otra una espada á amenazar al Soberano Pontífice despues de haberle negado la obediencia, no faltaron quienes se atrevieran á excomulgarle y deponerle por su propia autoridad.

En tales circunstancias, el Pontífice levantó generosamente su voz en favor de Constantinopla amenazada, y con altas

miras políticas hizo ver que la guerra santa era una defensa necesaria; la voz del Pontífice, tantas veces atendida, no encontró eco, y pueblos y reyes callaron pudiendo ya presagiarse la época en que pueblos y reyes fuesen enemigos encarnizados de aquel á quien habían hasta entonces mirado como director supremo.

Qué extraño que entonces se levantase potente la heregía? Y quién puede desconocer que el ensayo de la Reforma en el sentido que tuvo la de los protestantes se verificó ya en el siglo xiv, cuando Wiklef combatía la doctrina de Sto. Tomás Becket, mártir de las inmunidades eclesiásticas, y cuando Juan Huss niega el misterio de la Eucaristía, declara que puede cualquiera administrar los Sacramentos, y lanza á los señores sobre las ricas posesiones de la Iglesia? Sus secuaces fueron deduciendo consecuencias de las premisas que se les daban, y los sanguinarios horrores de los Taboritas y sus locuras fueron como la señal de la Providencia para advertir una vez más á los hombres el peligro de conceder á la razon humana una importancia divina y de acometer temerariamente la empresa de dejarla abandonada á su propia debilidad enfrente de problemas pavorosos.

De manera que al terminar esta época se inclinaban ya resueltamente las cosas del lado de que habían de caer más tarde, y la Europa presentaba el aspecto que en pocas palabras resume un moderno historiador: "La disciplina eclesiástica abandonada, discutida y rechazada la supremacía de la Santa Sede, descendiendo de los altos dignatarios ejemplos funestos; y al lado de este desorden las descomedidas pretensiones de las coronas, la ambicion de los príncipes, su orgullo, su codicia; en el pueblo una tendencia invencible á sublevarse contra los abusos reales del poder, contra la opresion y los vicios de los grandes; para todos, en fin, el debilitamiento, tal vez la pérdida de la fé y de las virtudes cristianas; ningun respeto á las cosas santas, falta de franqueza en las relaciones internacionales, una diplomacia artificiosa en vez de la sinceridad; entre los iguales, rivalidades y ódios; nada de gerarquía entre los superiores y los inferiores; nada de fidelidad al juramento, la grande y solémne garantía de la Edad Media; por todas partes el interés personal, el egoismo; todas estas cosas minaban el orden social y se presentaban como presagios siniestros de grandes catástrofes."



La revolucion que comenzaba á agitar á Europa se anunciaba en todos los órdenes, porque era una completa revolucion en las ideas, y al compás de la trasformacion que se verificaba en la política y la que pugnaba por señorearse de los asuntos religiosos, empezó tambien á manifestarse en los estudios y á traslucirse en las Escuelas, palanca poderosa para todas las grandes trasformaciones sociales. La Universidad de París manifestó la primera el nuevo espíritu que animaba á los centros de enseñanza enviando sus doctores á la Asamblea del Louvre, en que fué depuesto Bonifacio VIII, y en que se apeló, conforme á la absurda novedad de aquella época, al próximo Concilio, y en ella, como en las demás, se descendió de la serena y magestuosa region de los principios científicos para ocuparse, si no con preferencia, con marcada afición en los negocios políticos; los estudiantes comenzaron á intervenir en los disturbios civiles, mientras que los profesores se mezclaron en las querellas de los príncipes y de la Iglesia, arrancándolos de sus cátedras la ambicion para ir á sentarse en los Consejos del príncipe á apoyar sus pretensiones ó á las Asambleas eclesiásticas para sostener las aspiraciones de las Iglesias nacionales; y cuando se verificaba esta trasformacion esencial en su manera de ser, fué precisamente cuando, multiplicándose las Universidades, al paso que perdieron en importancia científica diseminando las fuerzas, ganaban en influencia revolucionaria, aumentando los centros de propaganda y difusion de las nuevas tendencias.

Entonces fué cuando en la efervescencia con que se anunciaba otra época vino á presentarse como un nuevo elemento el renacimiento de los estudios clásicos, elemento peligroso por las circunstancias de su advenimiento, tanto como por su índole misma. Y no es que me parezcan indignos de atencion esos estudios ni que crea reprobable el conocimiento de la literatura clásica; los Papas habían sido los primeros en estimular los esfuerzos que se hacían por reconquistar aquellas riquezas literarias y algunos de ellos los animaron y protegieron con régia magnificencia, demostrando así que la Iglesia jamás repugnó ponerse á la cabeza de los progresos legítimos del espíritu humano; pero si bien es de aplaudir que se estudiase con afición el idioma de Homero y de Demóstenes, que se procurase un conocimiento profundo de las obras de Ciceron y Virgilio, que se leyesen con entusiasmo

las producciones de los grandes génius del paganismo, debe entenderse con la condicion, segun dice un escritor moderno, de que el entusiasmo por la forma no favoreciera la adhesion á la doctrina y de que el aroma del cristianismo impidiese la corrupcion de la ciencia y del gusto literario.

Pero no eran ciertamente los más á propósito para propagar aquellos conocimientos sin peligro para la idea cristiana eruditos á quienes la cimitarra del islamismo arrojaba de Constantinopla; con ellos y con su ciencia podía venir el espíritu de division que parece encarnado en aquellas comarcas, y que se manifestó lo mismo en los tiempos de las épicas glorias de Maraton y de Salamina que durante la época envilecida de los Césares bizantinos. Por otra parte, aquella literatura era en sí misma un riesgo para las costumbres, y las costumbres se corrompieron. La pluma se resiste á describir las epicúreas cortes de los príncipes, desde donde el ejemplo hacía estragos en las muchedumbres, y el estravío en que iban cayendo las ideas y los sentimientos se manifestaba bien á las claras cuando se veía cambiar los nombres de pila por otros tomados de la antigua Roma, cuando se llamaba diosa á la Vírgen, padres conscritos á los cardenales, destino á la Providencia, á las religiosas vestales é hijo de Júpiter á Jesucristo.

Así, al propio tiempo que las costumbres se tornaban epicúreas, verificábase un verdadero retroceso en las ideas; la nueva doctrina que había venido á salvar al mundo era olvidada por aquellas mismas doctrinas cuya impotencia, cuya ineficacia para el bien demostraba una experiencia de cincuenta siglos, y en el bullicio que caracteriza á aquellos tiempos destacábase como nota principal el deseo de innovaciones, de repugnancia á toda regla y á toda cortapisa, una ambicion, en fin, de independendencia y de egoismo, que preparaba el reinado del criterio individual.

Y entonces, cuando más necesarios hubieran sido la vigilancia, el teson y la actividad, aparecía en decadencia la enseñanza católica, de que se apoderaba la division, la pereza y la ignorancia; las órdenes religiosas instituidas y aprobadas para que fueran como tropas veteranas de la Iglesia, se mostraron tambien en rebelion, y no podía ser más desigual la lucha entre los estudios católicos, desprestigiados por la puerilidad en que habían degenerado las cuestiones, y las ex-

presiones bárbaras é ininteligibles de las escuelas, y el idioma pomposo, la dialéctica brillante, la rica literatura del paganismo.

Tales circunstancias entrañaban gravísimos peligros para el orden religioso, aun cuando la Iglesia se hubiera conservado pura en todos sus miembros; pero desgraciadamente se hacían aquellos aun más inminentes porque había mucho que enmendar, mucho que corregir en la sociedad eclesiástica. No era ciertamente aquella una situación tan grave como la que Gregorio VII atacó con santa energía, pero eran grandes los desórdenes que se habían apoderado del clero, y especialmente del clero regular; por manera que, aparte lo que la calumnia y la pasión han exagerado, quedan, sin embargo, como un mal cierto, las costumbres nada ejemplares de algunas abadías, el abandono de los estudios y la negligencia con que se cumplían los deberes de la vida monacal, mientras que en el resto del clero se manifestaba también la influencia del siglo, y tal vez más profundamente en los altos grados de la gerarquía, pues mezclados por los reyes los obispos en todos los negocios políticos de importancia, cortesanos, embajadores y consejeros, lejos de obrar como independientes y superiores, según aconteciera en tiempos no muy lejanos, se dejaban envolver en las intrigas é influir por las seducciones é intereses que les rodeaban.

¿Por qué no reconocer los males que á la sociedad religiosa aquejaban? La Iglesia misma sentía la necesidad de la reforma, y realizó generosas tentativas para extirpar los abusos; pero esas tentativas, de que es brillante muestra el Concilio de Letran (1512-1516); no fueron suficientes; la extensión del mal requería ciertamente un esfuerzo supremo de la Iglesia ó que sus propósitos fueran eficazmente auxiliados por todos aquellos á quienes daba influencia ó poder su posición ó su mérito, y por desdicha reyes y sábios estaban con respecto á ella en más ó menos encubierta hostilidad.

Pero los reyes, á cuyo porvenir tan hondamente afectaban las cuestiones que se debatían y que iban á plantearse de un modo más terrible y solemne, practicaban una política egoísta, y las mezquinas pretensiones que les agitaban prueban que no tenían condiciones propias para que la historia pudiera un día concederles el glorioso título de grandes. Ningun rey, pues, se levantó á la altura de las circunstancias de la

borrascosa época en que vivía para poner el prestigio de su nombre y los recursos de su autoridad al servicio de la justicia y del bien; era, sin embargo, evidente que el mal había hecho progresos tales que una reforma se hacía de todo punto necesaria, y dos voces se dejaron oír.

Alzóse la una en el fondo de Alemania, país donde á la sazón se mostraba más que en otro alguno el espíritu de aquellos tiempos. Su estado moral era deplorable, según acreditan testimonios de la época. Entre los vicios dominantes descollaba la embriaguez. "Los predicadores clamaban desde el púlpito y anunciaban la palabra de Dios; hacían ordenanzas los señores, la nobleza tomaba algunas veces laudables resoluciones; el escándalo, el desorden, males de toda especie para el alma y para el cuerpo producíanse á su vez como enseñanzas, pero nada aprovechaba. Diariamente se extendía la embriaguez, semejante á la mar, que siempre tiene sed por más que absorba las corrientes de los ríos.

La embriaguez se extendió desde las grandes ciudades á las cabañas de los campesinos, y así como antes pasaba á los ojos de los nobles por un escándalo el embriagarse, en aquellos tiempos los nobles bebían aun más que los rústicos."

Este cuadro de Alemania en el siglo xvi se debe á un monje agustino, y este monje agustino inició la Reforma, la propagó y obtuvo un éxito colosal: su nombre era Luder, pero como en alemán la palabra tiene una significación poco noble (corrupción), el monje la sustituyó y se llamó Lutero. Para moralizar las costumbres rompió sus votos solemnes y se casó con una monja, Catalina Bora; predicó el despojo de las Iglesias y monasterios arrojando sus patrimonios como presa á la voracidad de los nobles que abrazaban sus doctrinas; cuando los aldeanos, más lógicos que el nuevo apóstol, empuñaron las armas para reclamar que se llevasen á la práctica todas las consecuencias de las doctrinas que se planteaban, predicó su exterminio; atacó rudamente al catolicismo, que había arrancado á Alemania de la barbarie para convertirla en país civilizado; se ensañó con los Papas, iniciadores ó protectores de cuanto grande se había hecho en Europa; impuso despóticamente su opinión como dogma mientras que predicaba el libre examen y ensalzaba la soberanía del criterio individual, y difundió sus doctrinas en escritos, donde hay tal lujo de procazidad en el lenguaje, que puede

considerarse como juzgada una generacion que no apartaba con asco la vista de aquellas repugnantes páginas. Lutero se proponía destruir el catolicismo, negaba el libre arbitrio, y proclamaba el libre exámen, la supremacía del espíritu privado. Lo primero era de todo punto irrealizable; absurdo lo segundo, porque destruye ese principio todo órden moral, político y religioso; y no fué practicado el tercero. Claro está que de haberse practicado este, las profesiones de fé habrían de ser puramente individuales, y tan numerosas tal vez como los individuos, consecuencia de todo punto inadmisibile, porque se opone á la unidad, carácter que la verdad reviste necesariamente; pero con ser numerosísimas las variaciones que se notaron en el protestantismo, segun expuso de un modo concluyente el inmortal Bossuet, todavía la Reforma, fuente de contradicciones, proclamó por boca de sus principales corifeos que el libre exámen no era admisible en materia de fé. Nada más hacedero que multiplicar los hechos y los textos que comprobar pudieran esta afirmacion: la orgullosa sentencia de Lutero "Doctor Lutherus sic præcipit; sic volo, sic jubeo, esto pro ratione voluntas;" el suplicio de Servet, seguido del de millares de individuos, cuya sangre fué vertida en los cadalsos por los que proclamaban la soberanía absoluta de la razon; el escrito de Calvino: "Fidelis expositio errorum Michaelis Serveti, et brevis eorundem refutatio, ubi docetur jure gladii coercendos esse hæreticos;" la frase de Melancton, del dulce Melancton: "affirmo etiam vestros magistratus juste fecisse quod hominem blasphemum, re ordine judicata, interfecerunt;" las sanguinarias persecuciones de Enrique VIII, de Isabel de Inglaterra y de Gustavo Wasa, acreditarían suficientemente que en lo que no fué absurdo y pretencioso fué inconsecuente el protestantismo. ¡Cuántas contradicciones fuera de la verdad y cuántas caidas de la razon cuando pretende una emancipacion sacrílega é imposible!

Y en efecto ¿hay nada más contradictorio que el sistema anglicano? "Aquella Iglesia proclamó solerunemente como absolutamente necesarios para la salvacion, treinta y nueve artículos que es preciso jurar para pertenecer á esa Iglesia. Pero en uno de ellos, que es el 25, declara solemnemente que Dios, al constituir su Iglesia, no ha dejado en la tierra *infallibilidad*; que todas las Iglesias, principiando por la de Roma, se han engañado, y se han engañado groseramente

aun sobre el dogma, y aun sobre la moral; de modo que ninguna de ellas tiene derecho de prescribir la creencia; y por tanto, que la Santa Escritura es la única regla del cristiano. Así, pues, la Iglesia anglicana declara á sus hijos que tiene derecho de mandarles, pero que ellos tienen derecho de no obedecerla. Y he aquí, dice de Maistre, como en el mismo momento, con la misma pluma, la misma tinta y en el mismo papel, declara el dogma y declara que no tiene derecho de declararle.

Pero oigamos al protestantismo en el país de su origen; las contradicciones aparecen á cada paso entre el desorden de ideas con que allí se ostenta la doctrina reformada. En Enero de 1561 se reunió una grande asamblea de protestantes en Naumburgo para determinar la actitud que debiera adoptarse ante el concilio de Trento, que de nuevo iba á reunirse, al propio tiempo que para calmar las divisiones entre los luteranos rígidos y los luteranos moderados ó calvinistas, y finalmente para renovar su adhesion á la Confesion de Augsburgo. El elector de Sajonia decía en su carta de convocatoria que se considerarían como no pronunciadas todas las condenaciones por las que un partido reprochase á otro haber corrompido la doctrina luterana y formar secta. Esto aludía claramente al duque Juan Federico de Sajonia Weimar, que había publicado una refutacion y la condenacion oficial de la declaracion teológica hecha por los otros príncipes. Asistió el duque á la asamblea y pidió que se suscribiese no solamente la Confesion de Augsburgo sinó tambien los artículos de Smalkalda, que son más rigurosos contra los sacramentarios: la mayoría opinó que debía suscribirse tan solo la Confesion de Augsburgo; pero á seguida se preguntó que á cual de las ediciones. El elector palatino y el de Sajonia opinaron en favor de la más moderna, pero los otros príncipes votaron por la de 1530 que era la presentada al emperador. Con motivo de esas desavenencias se resolvió examinar las dos; y á la lectura de la más antigua que reconocía la presencia real y el sacrificio de la misa, el elector palatino, calvinista entónces, protestó que no podría suscribirla; defirió sin embargo á la opinion de la mayoría y firmó la primera edicion, á la cual se unió un prefacio para decir que no se rechazaba por esto las otras.

Todos los estados de la Asamblea se comprometieron fi-



nalmente á obligar á sus superintendentes, predicadores y profesores á conformarse, en los artículos de la fé cristiana, con la Santa Escritura y la confesion nuevamente suscrita, á no emplear ninguna de las locuciones hasta entonces inusitadas en las iglesias luteranas y á no imprimir absolutamente nada sin el prévio exámen de los censores, á fin de comprobar si estaba conforme con la confesion de Augsburgo, no solamente en cuanto al fondo, sino tambien en cuanto á la forma y á las expresiones. "Difícilmente, dice el protestante Menzel, habría podido imaginarse servidumbre mayor que esa sujecion del espíritu humano á un escrito confesional. La libertad de escribir y de pensar, en cuyo favor se había hecho la Reforma, tuvo entonces en este, como despues bajo otros aspectos, el destino de ser aherrojada por aquellos mismos que habían tomado su nombre para vencer á sus antagonistas. Estos hierros fueron forjados con las mismas armas con que se había combatido al Papa."

Con respecto al órden religioso nada hizo el protestantismo, nada más que ser la encarnacion del trastorno en las creencias, la confusion de tan elevadas ideas que habrían de quedar, merced á él, confiadas á las fluctuaciones de la razon humana; entonces, como en la Edad antigua y como siempre, la razon humana, abandonada á sí misma, nada hizo más que caer en un piélago de contradicciones y de absurdos, menores estos ya porque era imposible retroceder tanto como en los cincuenta primeros siglos del mundo, proclamadas como estaban ya las verdades del catolicismo. El éxito que obtuvo la Reforma se debió á que el protestantismo, como sumariamente he demostrado, existía en las ideas antes que Lutero se hubiera presentado á formularle, y no solo había de encontrar acogida porque se dirigía al orgullo, porque glorificaba el yo, no solo alhagaba las pasiones como expresion nueva del antiguo racionalismo, sino que se adaptaba maravillosamente á los ódios de la época y servía sus antipatías; debiendo añadirse á esto que encontró en la imprenta un medio de difusion y propaganda que no habían tenido las herejías y rebeliones anteriores.

Entretanto la Iglesia, cuya reforma bajo ciertos aspectos era indispensable, como lo reconocían varones piadosísimos y segun ella misma declaró paladinamente en las sesiones del Concilio de Trento, emprendió y llevó á cabo las mejoras que

respecto á la disciplina y á las costumbres reclamaban los tiempos, y proclamó el dogma en aquellos puntos que más acaloradamente debatían los protestantes. No puede darse desvalimiento mayor que el en que se encontró la Iglesia en aquel momento crítico de su existencia y de la Historia europea; que está probado cuán íntimamente enlazadas se hallan en todo el curso de la Historia de nuestra civilizacion. Combatíanla por codicia casi todos los príncipes de Alemania, país que el catolicismo había sacado de la barbárie; combatíala Inglaterra, separada del gremio de la Iglesia por las bastardas pasiones de un Rey vicioso; combatíanla los Reyes del Norte, que si figuraban entre los príncipes civilizados lo debían única y exclusivamente á la Iglesia; Francisco I y Carlos V, en vez de unir sus esfuerzos para reprimir en Europa la anarquía, rechazar á los turcos y llevar la gloria de su nombre con la civilizacion cristiana al Africa, al Asia y á la América, cuyo camino había mostrado la Providencia como para indicar á dónde podrían convertirse los esfuerzos de Europa, adulta ya, no titubeaban en poner trabas á la accion del Pontificado y de los Obispos, ni en supeditar altísimos intereses á intereses relativamente mezquinos. El Rey cristianísimo, el hijo primogénito de la Iglesia hace contra los católicos alianzas con los herejes de Alemania, con los turcos contra los cristianos, mientras que su rival deja que su espíritu se preocupe tan solo con el obstinado antagonismo que á ambos los separa, y pretende que la Iglesia escuche dócilmente su voz cuando quiere ponerla en Alemania al servicio de sus intereses de familia. Pero en medio de tales contrariedades, que con los propios males que aquejaban á la Iglesia hubieran sido más que suficientes para que cualquiera empresa humana fracasase, el Concilio prosiguió sus salvadoras tareas, despues de llamar repetidas veces á los protestantes, que no habían cesado de clamar por la reunion de la Asamblea, y que una vez reunida se negaron obstinadamente á reconocer su autoridad; pero el doble mal que aquejaba á la sociedad encontró el oportuno remedio, pues quedó explicada y confirmada la doctrina católica y verdaderamente evangélica en todos los puntos que ponian en duda los falsos reformadores, y se restableció la disciplina eclesiástica cuya relajacion, segun ellos, había sido la principal causa del cisma.

Y mientras se debatían todas esas cuestiones que tenían en conflagración la Europa, terminaron sus días todos los personajes que por diversos conceptos habían contribuido á crear aquella situación. Lutero, Melancton, Calvino, Mauricio de Sajonia, Francisco I, Cárlos V y Enrique VIII murieron, pero permanecieron sus obras, y fué desoída, cuando promulgó los decretos del Concilio, la voz del Pontificado que había convertido á la vida espiritual y á la civilización verdadera todas las naciones del mundo romano, que había educado á los Bárbaros, evangelizado la Alemania, preparado para el concierto europeo todos los países septentrionales, enviado misioneros á los pueblos idólatras de todo el universo; que había dotado de leyes á Europa en los siglos medios, fusionado las clases que amenazaban convertirse en castas; que había moralizado á la sociedad, defendido la justicia indefensa, protegido la debilidad arbitrariamente perseguida; que había unido la Europa bajo un estandarte comun para combatir el mahometismo, salvando así su libertad y su existencia misma; que había combatido el despotismo de los Reyes y mantenido la libertad y la independencia de los pueblos contra pretensiones arbitrarias y ambiciones desmedidas.

El Concilio de Trento robusteció la autoridad de los Papas, decaída en los tiempos inmediatamente anteriores, como lo prueban las Asambleas de Pisa, Constanza y Basilea; pero fueron desatendidos los propósitos del Concilio y los pueblos y los Reyes no escucharon la voz de los Papas y quedaron emancipados de su tutela. El dogma, la gerarquía, la constitución interna y externa de la Iglesia nada sufrieron con sus desdenes, no padecieron con semejantes ataques el menor quebranto; la Iglesia de Cristo quedó incólume y continuó en su integérrima plenitud, situación que provocó de nuevo las iras de la impiedad en el siglo XVIII. Habíase pretendido arruinarla en el siglo XVI; sus amigos la abandonaron ó le hicieron traición, mientras la atacaban con furor sus enemigos, y dos siglos más tarde la divina institución continuaba magestuosamente su vida, tan fuerte como en todos los siglos de su historia, como lo prueba el que entonces resistió una persecución más formidable aun, porque como dice de Maistre, experimentó á un tiempo los golpes de la ciencia y los de la sátira. La cronología, la historia natural, la astronomía, la física, se amotinaron, por decirlo así, contra la

Religion: una coalicion vergonzosa reunió contra ella todos los talentos, todos los conocimientos, todas las fuerzas del espíritu humano. La Iglesia quedó, sin embargo, triunfante de las tres pruebas á que jamás podrá resistir ninguna institucion falsa, á saber: el silogismo, el cadalso y el epigrama.

Si, pues, no consiguió la Reforma ni destruir el catolicismo, ni emancipar, como hipócritamente proclamaba, la razon humana, sometida entre ellos á dura servidumbre, que contrastaba con las fluctuaciones del nuevo sistema, ¿cuáles fueron las consecuencias del protestantismo? Cambiar el curso de la política europea, distraer en interminables luchas civiles las fuerzas que hubieran podido ser más gloriosamente empleadas y favorecer el despotismo de los reyes, que desde entonces caminaron más rápidamente al establecimiento de gobiernos arbitrarios. Podrá parecer esto paradójico ó tal vez lo considere alguno como apreciacion apasionada, pero nada es más exacto y con toda claridad lo demuestra la historia subsiguiente de Europa. Ni se empleó la pecesaria actividad en el campo vastísimo que acababa de abrirse en el exterior á la inteligencia y á las fuerzas de los europeos, ni tuvieron las naciones un momento de tranquilidad, ni fueron respetadas las libertades de los pueblos, ni se encontró ya grandeza y elevacion en la política, que se acentuó más cada vez en el sentido que Maquiavelo resume en pocas palabras: "Un príncipe, como individuo, puede tener religion y conciencia; pero como príncipe no tiene otras que su interés, para el cual todos los medios son buenos."

Y sin embargo, las circunstancias se presentaban de todo punto favorables para que Europa cumpliera su mision civilizadora; aunque el protestantismo consumió en estériles luchas gran parte de las fuerzas intelectuales de la raza más inteligente del mundo, todavía presenta aquel periodo una pléyade ilustre de hombres eminentes en las letras, en las ciencias y en las artes. Erasmo, el docto Erasmo, contagiado por el espíritu de su época, pero que revolvió todas las fuentes de la erudicion y asombraba al mundo con sus talentos y su saber; el insigne español Luis Vives, que rivalizaba con el sábio de Rotterdam, y se proponía regenerar las ciencias dando nuevo curso al entendimiento; el ilustre dominico Melchor Cano, una de las lumbreras del Concilio tridentino; el cardenal Baronio, erudito vengador de la verdad histórica,



cuyos *Anales eclesiásticos* son un monumento imperecedero; el cardenal Belarmino, polemista incomparable, de quien ha dicho la incredulidad que era la mejor pluma de su tiempo; Aquaviva, autor de la *Ratio studiorum*, que había de regenerar la enseñanza católica; Guicciardini, que por su ciencia y su talento debiera haber sido más inaccesible á las tentaciones de una política sin escrúpulos; Maquiavelo, encomiador de la fuerza y de la astucia, para quien no solo el fin justifica los medios, sino que el medio principal consiste en el desprecio absoluto de toda ley moral, en el servicio exclusivo del interés, en el desden de la conciencia y de la justicia; Giannotti, que puso al servicio de la libertad y del orden su vida, y condenó las detestables máximas maquiavélicas, entonces tan en boga; Bacon, cuya vasta inteligencia abarcaba casi todos los conocimientos humanos. Vesale estudiaba la estructura del cuerpo humano; Lavoisier, Rudio y Harvey revelaban las leyes de la vida y de la circulación de la sangre; Gessner fundaba la zoología y Cesalpino ejercitaba su genio, segun el gran Cuvier, en clasificaciones mineralógicas; mientras Copérnico negaba la inmovilidad de la tierra, Kepler, el grande y religioso Kepler, penetraba los secretos é indicaba las leyes de la "armonía universal," y Napier y Galileo, cuyo nombre ha servido de base para declamaciones tan apasionadas como injustas, conseguían medir con toda exactitud las órbitas de los astros.

Fué tambien aquel un periodo de gran riqueza literaria, y abundante en nombres ilustres: Tasso, el Homero cristiano, hombre desdichado, sublime poeta, que, segun la expresion de Clemente VIII, honraba el laurel que había honrado á los que antes que él le habían recibido; Ariosto; Camoens, inmortal autor de las *Lusiadas*; el inimitable Cervantes; Lope de Vega, prodigio de la naturaleza, fénix de los ingénios; el sublime Herrera, que renueva los acentos del arpa del Salmista; Shakespeare, la verdadera gloria de Inglaterra en aquel siglo, y otros escritores insignes, honraban la literatura de su época, mientras que el arte podía envanecerse con los nombres inmortales de Leonardo de Vinci, Rafael, Miguel Angel, Ticiano, Correggio, Fray Bartolomé, Bramante, Cellini y el Tintoretto.

Por manera que, aun cuando la Reforma malgastó las fuerzas intelectuales de Europa, y aunque no deban nada la cien-

cia ni el arte á la polémica protestante inspirada, animada y dirigida por esa pasion y ese ódio que ciegan el espíritu; aunque las letras nada habian de ganar con los folletos plagados de injurias y en que se prodigaban la burla, la ironía, el sarcasmo, todavía se manifestaba brillante la cultura que Europa había conquistado alentada y dirigida por la Iglesia. ¿Qué es lo que podía resistir, dice un eminente filósofo español, á tanta superioridad, á tanta brillantez, á tanto poderío? La Europa, segura ya de su existencia contra todos los enemigos, disfrutando de un bienestar cuyo aumento debía progresar cada día, gozando de leyes é instituciones mejores que cuantas se habian visto hasta aquella época, y cuya perfeccion y complemento podía encomendarse sin inquietud á la lenta accion de los siglos; Europa, floreciente, civilizada ya, debía acometer la obra de civilizar el mundo.

La ocasion era de todo punto propicia y la Providencia marcaba bien á las claras los derroteros á la actividad y á la iniciativa de la privilegiada raza de Jafet. Los portugueses colonizaban la costa oriental de Africa y luchaban por encontrar un camino más fácil para las vastas y ricas comarcas de las Indias, cuando el génio de Colon, protegido por la Reina católica Isabel, señaló nuevos rumbos á través del inmenso Océano y descubrió un continente. Vasco de Gama, doblando el Cabo de Buena Esperanza, Magallanes encontrando el paso que une el Atlántico y el Pacífico, y Sebastian de Elcano, con su atrevida expedicion, completaron los grandes descubrimientos de aquel periodo, y Africa, Asia, América y Oceanía aparecieron como un vasto campo en que, protegidos por la Providencia, pudieran los pueblos europeos ejercitar sus brillantes cualidades. Pero ¿cumplieron esa mision que les confiaba la Providencia?

Si la Europa hubiera conservado la unidad moral que la unidad de creencias le proporcionaba, si su atencion no hubiera estado distraida por las polémicas y las luchas religiosas, si las naciones europeas hubieran constituido aun la asociacion que se había conocido con el nombre de Cristianidad, y en que la existencia individual no perjudicaba á la accion comun cuando lo requerían las circunstancias, si el Pontificado hubiera conservado entonces la supremacia de otros tiempos, se habría realizado la gloriosa empresa: toda la atencion, todos los recursos, todas las fuerzas que la Es-

paña empleó en hacer frente á las guerras religiosas promovidas en el continente habrían podido dedicarse á propagar la civilizacion; y si á esos recursos de la España, poderosa entonces, y á los que Portugal empleaba en las Indias orientales, se hubieran unido los de Francia, Italia, Alemania, Inglaterra y las otras naciones del Norte, si todos los puertos de Europa, desde el Báltico al Adriático, enviaran sus misioneros al Oriente y al Occidente, si todas las grandes ciudades de Europa hubieran sido otros tantos centros donde se reuniesen hombres y medios para difundir la civilizacion cristiana, si al encontrarse en lejanos países esas colonias, fuese cualquiera el pabellon que las protegiese, pudieran todos los que las componían considerarse como hermanos y colaboradores en una misma obra que exigía el concurso de todos, la doctrina de Jesucristo se habría propagado por toda la tierra y con ella habrían difundido los europeos sus letras, sus artes y sus ciencias.

Desgraciadamente nada de eso existía: reinos, repúblicas, principados, imperios, luchaban por intereses egoístas y mezquinos; toda la actividad de Europa se consumía en guerras casi estériles sin que ninguna mira civilizadora ennobleciese aquel batallar incesante, y no se emprendieron las magníficas cruzadas, las admirables conquistas del Asia envilecida y de América dispuesta á recibir los beneficios de la fé y de la civilizacion. A las antiguas rivalidades se unió despues para esa obra de aniquilamiento el cisma de Lutero, fuente de ódios, de inquina y de sañudas luchas, de tal modo que una vez extendida, no solo impidió la Reforma toda asociacion, sino que hizo que las mismas naciones católicas no pudiesen emplear la mayor parte de sus medios en la grande empresa de convertir y regenerar el mundo, precisándoles á permanecer de continuo sobre las armas á causa de las guerras religiosas y las discordias civiles.

Aun así se difundió el cristianismo por las nuevas comarcas, renovándose en otras tierras la invasion pacífica del Evangelio; las regiones septentrionales de Europa habían sido así conquistadas siguiendo el camino abierto en la Germania por San Bonifacio, y así entre las inquietudes y las desventuras del siglo XVI, la Iglesia envió al Asia y á la América misioneros, cuya presencia era señal de la fundacion de monasterios y ciudades y que llevaban á países desconocidos la vida social

é intelectual del Catolicismo. El historiador protestante Ranke, en su obra titulada *El Pontificado durante los siglos XVI y XVII*, elogia esa fecunda actividad de la Iglesia, que ningun espíritu imparcial puede desconocer; pero por desdicha tambien á esas lejanas comarcas llegó la funesta influencia del protestantismo, paralizando y destruyendo la obra de San Francisco Javier y de sus sucesores. No es de extrañar, por lo tanto, que no solo no se hayan conseguido los resultados que eran de esperar, sino que hasta nuestros días, no solo haya la barbárie establecido su campamento en una comarca de Europa, sino que esté delante de nosotros el Asia menor, Palestina, Egipto, el Africa entera en la situacion deplorable, en la degradacion lastimosa, que contrastan vivamente con sus grandes recuerdos.

Y realmente no permitía otra cosa la situacion religioso-política de las naciones. Francia tuvo que renunciar á toda influencia en el exterior, preocupada con las convulsiones que la desgarraban. Aunque el protestantismo se introdujo en aquel país más tarde que en otros países de Europa, todavía consiguió trastornar el Estado envolviéndole en una série interminable de guerras civiles é impidiendo que siguiesen su curso natural la constitucion y la política de Francia. Cuando penetró allí la Reforma estaba Francia unida y fuerte, tenia un gobierno enérgico, y encontró recursos bastantes para hacer frente á sus rivales y para arruinar las aspiraciones que Carlos V tenia á la monarquía universal; pero despues todo cambia y la nacion, dividida en partidos, presa de las contiendas civiles, vió sus provincias invadidas por tropas extranjeras y expuesta á quedar destruida la unidad nacional. Ocho ó diez guerras civiles, asesinatos de príncipes, ejecuciones en masa, ligas formidables atacándose encarnizadamente, una espantosa tormenta de medio siglo (1550-1600) fué el resultado inmediato que Francia obtuvo de la revolucion de aquella época y de los hechos é ideas que la habían preparado.

Consecuencia de esos hechos fué que la Francia de Carlo-Magno y de S. Luis, que había marchado á la cabeza de las naciones para defender la cristiandad contra los infieles, esa misma Francia dejó despues invadir la Europa por los turcos, y obedeciendo al espíritu general de la época, se la vió aliarse con los turcos contra los cristianos, con los herejes contra los católicos, y atizar el fuego de la discordia religiosa



y política en Alemania y en Inglaterra hasta que dentro de ella misma estalló y la cubrió de sangre y de ruinas. Príncipes franceses llamaron al extranjero, y el extranjero acudió aumentando los males de la Francia, y así no es extraño que todos se acostumbraran á la idea de no tener honor ni probidad, de traicionar y desgarrar su pátria; pero tal era la política planteada entonces y practicada por todos los gobiernos desde Felipe el Hermoso, política sin más fé ni más ley que el interés.

Y sin embargo, Francia era de los países en que ménos progresos había hecho el protestantismo, rechazado por el clero, por el parlamento y por el pueblo. La Universidad de París, ilustrada por Sto. Tomás de Aquino, por S. Buenaventura, Alberto el Grande, Vicente de Beauvais y Alejandro de Hales resistió entonces, olvidando sus veleidades de otros tiempos, la invasion de la Reforma, y su facultad de teología, tomada por Lutero como árbitra, condenó los errores de este en una censura detallada; el parlamento, que había prohibido á los libreros vender libros de religion si no habían sido aprobados por la facultad de teología, dispuso que fueran buscados y confiscados los libros condenados por heréticos; y el pueblo rechazó tambien las trastornadoras ideas segun el testimonio de un escritor protestante, Sismondi. "La experiencia, dice, había enseñado á los hugonotes que la mayoría del pueblo los rechazaba;" y añade: "Los hugonotes no podían ya creer que fuesen los más numerosos y que solo el temor contuviese á la generalidad en una conformidad aparente con la Iglesia romana. Toda la poblacion de las ciudades y la inmensa mayoría de la del campo se habían declarado contra la Reforma con un sentimiento de furor."

Pero esto no impidió que los partidos combatiesen con encarnizamiento envolviendo á Francia en porfiadas luchas civiles, ni que despues de tanta sangre derramada no se viesen más frutos que esterilizar las fuerzas del país. Terminaron aquellas mediante la convencion entre Enrique IV y el duque de Mayenne, jefe de la liga católica, que había sabido conservar á la Francia dentro de su propia historia contra aquel príncipe sostenido por su talento y su carácter, por la Inglaterra y la Alemania protestantes, por todos los hugonotes de Francia, por algunos franceses cuya principal religion era la política y por algunos católicos sinceros, á quienes hacía

creer el pretendiente que era católico ó que lo sería. Uniendo el sentimiento católico á un acendrado patriotismo, dispuestos á no ceder en ninguno de esos dos sentimientos fundamentales, no aceptaron los del partido católico como reina á una princesa española que se presentaba como aspirante á la corona en su calidad de católica y de nieta de Enrique II, y el príncipe de Bearne subió al trono que legítimamente le pertenecía; mas para alcanzar este resultado fué preciso que reconociese y acatase el sentimiento más arraigado en la nación, que en su calidad de hija primogénita de la Iglesia aceptó al pretendiente cuando sus actos le hicieron digno de que el Papa levantase las censuras eclesiásticas en que había incurrido. Pero tales eran las circunstancias que cuando aquellas luchas cesaron, cuando la paz devolvió al reino algún sosiego, todavía se vió á Francia, contaminada con el espíritu de los tiempos, intervenir, para alcanzar algunas ventajas territoriales, en la política de Europa á favor de esas mismas doctrinas que en su interior rechazaba; y entonces se vió tambien que el despotismo se había apoderado del gobierno y pudo un monarca lo que no pudo ningún monarca de la Edad Media, exclamar engreído por su poder ilimitado: el Estado soy yo. Si tratase de investigar la razón de esa autocracia la encontraría en acontecimientos mil veces repetidos y que por lo tanto deben obedecer á una causa fundamental: cuando las naciones agitadas por principios disolventes caen en la anarquía, cuando el trastorno en las ideas produce el trastorno en los hechos, las sociedades obedecen á un sentimiento innato, al instinto de conservación y no encuentran en la general disolución de los lazos sociales otro remedio que robustecer el poder, prestando su concurso á quien se impone con autoridad ó con energía suficientes; si las naciones aspiran con razón á disfrutar cierto grado de libertad, su necesidad más imperiosa es el orden, porque sin esa condición no es posible la misma libertad.

En Inglaterra se estableció tambien con la Reforma la más arbitraria tiranía; allí se retrocedió á la civilización pagana arrogándose los monarcas con el poder civil el espiritual. La separación de los dos poderes temporal y espiritual, la independencia de este con respecto á aquel, el estar depositado en manos diferentes ha sido, dice el insigne Balmes, una de las causas más poderosas de la libertad que bajo diferentes

formas de gobierno disfrutaban los pueblos europeos. Esta independencia del poder espiritual, á más de lo que es en sí por su naturaleza, origen y objeto, ha sido desde el principio de la Iglesia un perenne recuerdo de que el civil no tiene ilimitadas sus facultades, de que hay objetos á que no puede llegar, de que hay casos en que el hombre puede y debe decirle: no te obedeceré.

Consecuencia inmediata del principio que había provocado la rebelion de Lutero y de los protestantes, la revolucion religiosa de Inglaterra no fué en su origen una heregía dogmática; no era más que la realizacion franca y declarada de la tendencia cuyos síntomas se notan en los principes de aquella época. La monarquía de entonces ambicionaba el poder espiritual y si á tanto no se atrevía aspiraba por lo menos á mantenerse con respecto de él en una independencia absoluta. Pero el acta que reconoció á Enrique VIII como protector y jefe de la Iglesia anglicana reanimó á los oscuros partidarios de Wíklef, al propio tiempo que de Alemania acudían los protestantes como presintiendo su futura dominacion.

Desde entonces no reconoció límites su arbitrariedad; destituía á los obispos que no se declaraban cismáticos; mandaba hacer una traduccion de la Biblia y prohibía todas las otras; escribía él mismo libros para la instruccion religiosa del pueblo, y persiguió con sanguinario furor á todos los que no obedecían sus arbitrarias disposiciones. No fué menos tiránico en el gobierno político, y el despotismo del monarca solo podría compararse con el servilismo del Parlamento, que hollaba toda ley de justicia, condenaba á los acusados sin oírlos, y tomaba y derogaba acuerdos á capricho de los monarcas; que había hecho una ley dispensando á Enrique VIII de pagar las deudas que hubiera contraido, que despues hizo otra volviendo á eximirle del pago de nuevos empréstitos, y por fin acordó la supresion de todos los monasterios confiscando sus bienes en favor de la corona. Enrique VIII además alteró el valor de la moneda varias veces durante su reinado; contrajo con sus súbditos empréstitos que despues no satisfizo y se procuró arbitrariamente recursos de tal suerte, que el historiador Lingard asegura en vista de documentos oficiales que en veintiseis años de su reinado los recursos del Tesoro habían excedido á la suma total de los tributos impuestos por sus predecesores.

Enrique VIII y sus cortesanos habían despojado de sus bienes á los monasterios; los cortesanos de su sucesor Eduardo VI habrían querido hacer lo mismo, pero ¿qué despojos encontrar? Enrique VIII había conservado el sacrificio de la misa y con él los altares, los cálices, los ornamentos. Abolida la misa, todo aquel botin quedaba para los innovadores; se importó, pues, en Inglaterra la doctrina de Zuinglio, se la estableció por un acta del Parlamento, y los barones se arrojaron sobre los cálices, los vasos sagrados, los ornamentos de plata y de oro. Enrique VIII había impuesto todos sus caprichos como leyes á su servil Parlamento; en el reinado de Eduardo VI no fué más respetada la libertad, principiando ya el abuso cuando el arzobispo apóstata Cranmer suprimió en la coronacion del monarca el principio de la intervencion del pueblo; y cuando fué proclamada Isabel se arrogó de igual modo una autoridad absoluta, profesando como máxima que si la reina consultaba las Cámaras era por voluntad no por deber, á fin de que las leyes pareciesen más agradables al pueblo y no para que con su aprobacion adquiriesen mayor fuerza. En su opinion el principal objeto de los Parla-mentos era suministrar recursos pecuniarios, reglamentar los asuntos relativos al comercio y dar leyes para los intereses locales é individuales. Concedía á la Cámara popular la libertad en los debates, la libertad de decir sí ó no; y los que se estralimitaban de esta regla quedaban expuestos á experimentar las consecuencias de la cólera régia.

Pero donde especialmente se arrogaba un poder sin límites era en su calidad de jefe de la Iglesia: conminó con penas severísimas como la de prision y la de muerte á cualquiera de sus súbditos que no admitiese su infalibilidad pontifical ó no practicase el culto por ella establecido. Cuando se preguntó como podía una mujer desempeñar funciones papales y ejercer la jurisdiccion eclesiástica, el Parlamento resolvió la dificultad concediéndole la facultad de servirse de vicarios generales, á quienes dió la reina poderes formidables, autorizándoles para investigar, mediante juramento de la persona acusada y de los testigos, todas las doctrinas heréticas, erróneas ó peligrosas, las prácticas opuestas á los ritos que instituía, los libros sediciosos y los libelos contra la reina, sus magistrados y sus ministros, todos los delitos eclesiásticos, y á castigar á los delinquentes con las censuras espiritua-

les, la prision, la multa, la destitucion y aun la pena capital.

Una legislacion especial, que parecia hecha por el verdugo, impuso los nuevos mandatos de la reina; el Parlamento obedecia, y el pueblo enmudeció por el terror, vertiéndose en los cadalsos la sangre de numerosas víctimas. Así que en poco tiempo desapareció casi por completo el clero católico, porque la ley prohibía bajo pena de muerte ordenar nuevos sacerdotes, condenaba á muerte á todo sacerdote extranjero que llegara á Inglaterra, á pena de muerte á quien le diera hospitalidad, á pena de muerte á todo sacerdote católico que ejerciera su ministerio en territorio inglés, á pena de muerte á los católicos que practicasen su culto.

Al mismo sistema obedecia la política de Inglaterra en el exterior; el gobierno protestante inglés empleaba los más hábiles marinos Hawkins, Drake, Cavendish en ejercer la piratería contra las poblaciones católicas de España y de América; donde quiera que había una rebelion contra la Iglesia ó contra la autoridad legítima, en Escocia, en Francia, en los Países Bajos, la reina de Inglaterra proporcionaba recursos y auxilios á los rebeldes; en todas partes sumergía sus manos en la sangre de las guerras civiles y religiosas; por todas partes proclamaba que una minoría facciosa puede tomar las armas contra la autoridad temporal y espiritual, aun para trastornar el antiguo orden de cosas, la antigua religion. Verdad es que los jefes de la herejía protestante Calvino, Beza, Zuinglio, Knox, Lutero enseñaban la misma doctrina en sus escritos. Los ingleses católicos procedían de otro modo, y no tomaron las armas aunque sus doctrinas hubieran justificado mejor la resistencia abierta á mandatos que violentaban su conciencia. Si hubo insurrecciones, tuvieron estas fines exclusivamente políticos: cuando Inglaterra se vió amenazada de la invasion española, los católicos ingleses tomaron las armas para defender el país con una generosidad, que despues no tuvo más recompensa que una persecucion implacable.

Análogos resultados produjo la Reforma en Alemania, donde los príncipes, dice Cantú, católicos unos, protestantes otros, fueron enemigos entre sí, incapaces de emprender nada en lo exterior, y en lo interior dirigidos por intrigas ajenas. Una familia vence á toda la confederacion; otra va

haciendo con los restos de la túnica sacerdotal un manto que resplandecerá entre los más temidos. Una insigne misión estaba reservada á la casa de Austria, la de reunir todas las fuerzas de la cristiandad contra los turcos y conservar la paz entre las potencias cristianas, y pareció permanecer fiel á ella desde Alberto II hasta Cárlos V; pero despues el título de emperador romano, único resto de una república cristiana, fué explotado por ella cuando los demás príncipes tendían por un interés egoísta á aumentar sus dominios propios.

Los historiadores protestantes suministran datos suficientes para juzgar la situación de Alemania despues de la Reforma, situación que Lutero mismo lamentaba diciendo que con el nuevo Evangelio se había pervertido el mundo. En el siglo XVI era menos violenta la división entre los católicos y los protestantes que entre los protestantes mismos, luteranos y calvinistas. Como corporación política, el luteranismo, dirigido por las casas de Sajonia y de Brandeburgo, estaba por la antigua constitución del imperio y por la casa de Austria; el calvinismo, cuyo jefe era el elector palatino, estaba en oposición con el Austria y con el imperio y se apoyaba en alianzas con Inglaterra y Holanda. Así, en 1568, el duque luterano Guillermo de Sajonia condujo su ejército en favor de Cárlos IX contra los hugonotes y el conde palatino, calvinista, un ejército en favor de los hugonotes contra el rey.

Llegó, dice el protestante Menzel, el siglo XVII, el más sombrío de la nación alemana desde que esta nación tiene historia. La lengua y la literatura estaban en la más profunda decadencia. No solo la poesía, la historia y la filosofía habían cedido ante las insípidas producciones del furor de las sectas, sino que la elocuencia y aun la gramática cayeron en tal barbarie que apenas podía reconocerse que los alemanes perteneciesen á los pueblos civilizados. Y esta barbarie intelectual daba la mano al más arbitrario despotismo en el gobierno civil y eclesiástico. Todo funcionario que no se plegaba sin réplica á las ordenanzas del príncipe en materia religiosa quedaba destituido y á menudo incurso en otras penas.

Por otra parte, no se encontraría fácilmente una sola ciudad cuya autoridad no hubiera hecho constar anualmente su derecho de vida y muerte por algunas sentencias capitales con circunstancias que las hacían más graves aun; y es verdaderamente asombroso el número de los sentenciados. De los



que perecieron, la mayor parte fueron víctimas de la creencia en las hechicerías, creencia que no experimentaba ninguna contradicción desde que los reformadores la habían confirmado con su autoridad y sus convicciones propias. De manera que puede muy bien decirse con un escritor católico que los hombres más sanguinarios de la revolución francesa Marat y Robespierre, comparados con los magistrados ordinarios del protestantismo alemán á fines del siglo XVI no fueron más que aprendices de verdugos, y que en la Alemania protestante de los siglos XVI y XVII hubieran pasado por modelos de humanidad.

¿A quién aprovechó, pues, la revolución religiosa de Alemania seguida de la disolución del imperio? El protestante Menzel hace ver que no fué ni á la Alemania, ni al imperio, ni al pueblo, ni al nuevo clero, sino tan solo á los príncipes y á la nobleza hereditaria. En la antigua constitución del imperio alemán el sacerdocio, con sus principados eclesiásticos, era el lazo, el mediador entre todos los órdenes de la sociedad, entre los ricos y los pobres, los soberanos y los súbditos. Reclutándose en todas las clases, todas las clases tenían en él representación. En virtud de esto, quien había nacido de la posición social más humilde tenía acceso á la más elevada. No era cosa inaudita ver al hijo del campesino y del artesano llegar á ser abad, obispo y Papa y marchar al lado de los señores, de los príncipes y los reyes, y aun precederles. Los reformadores vinieron á anonadar este patrimonio tradicional del pueblo. Habiendo desgarrado la Alemania en fracciones destruyeron el sacerdocio en la una y le aniquilaron en las otras; entonces los príncipes confiscaron el patrimonio del pueblo en provecho suyo, los bienes de la Iglesia para su Tesoro, la autoridad de la Iglesia en favor de su despotismo. El sacerdocio, que antes se hallaba al nivel y acaso más alto que los tronos de los príncipes, se convirtió en un servil instrumento del poder gubernamental y muy pronto una de las partes menos estimadas de la cadena con que enlazó á la nación el nuevo orden de cosas.

Los miembros del clero alemán que contribuyeron á la separación de Roma creían trabajar para sí mismos; contaban con tener en lo sucesivo igual importancia que los Papas, que los cardenales ó por lo menos que los obispos. Las poblaciones alemanas que se dejaron arrastrar á la defección creían traba-

jar para sí mismas y hacerse independientes de los príncipes como del Papa: los apóstatas del clero alemán se engañaban: las poblaciones alemanas se engañaban; lejos de adquirir esa independencia, consiguieron solo hacer despótico el poder civil de los príncipes, que tuvieron también desde entonces el espiritual, arrancado al Papa y á los obispos. Entre los autores y obreros de esta revolución muchos no la entendían así y pretendían seriamente dirigir los pueblos, como Osiander en Kœnigsberg y Flacio Ilírico en Magdeburgo. Las revueltas que siguieron apresuraron la general servidumbre. Los teólogos del luteranismo convocados en Naumburgo en 1554 por el elector de Sajonia no encontraron otro medio, para detener la confusión y la anarquía, que suplicar á los príncipes que reemplazasen á los obispos para mantener en las iglesias la unidad de doctrina y el orden. Lo que los doctores protestantes habían aconsejado en Naumburgo en 1554 fué definitivamente decretado en la dieta de Augsburgo al año siguiente. El protestante Menzel dice con este motivo: "Lo que sin duda hay de más notable en esta pacificación religiosa es que entre los protestantes la religión y la Iglesia, después de haber sido arrancadas á la autoridad espiritual, de que hasta entonces dependían, fueron puestas bajo la dependencia de los príncipes y de los Estados. Así los electores palatinos, en virtud del derecho de reforma que la pacificación religiosa establecía de hecho y que la paz de Westphalia declaró como derecho propio del imperio, obligaron á sus súbditos á pasar primero del catolicismo al luteranismo, después del luteranismo al calvinismo, del calvinismo al luteranismo después, luego nuevamente al calvinismo, y por fin quisieron hacerles volver al catolicismo."

Tales fueron los resultados de la Reforma; después de una lucha violenta, destructora, encarnizada, la Reforma, humilde con el poder civil, á cuya sombra vivió, se hizo en definitiva á favor de los príncipes. En un principio había querido el pueblo deducir consecuencias prácticas más ó menos legítimas; pero los príncipes, excitados por Lutero, le hicieron comprender pronto la realidad de las cosas. El célebre publicista Guizot, cuyas ideas protestantes son bien conocidas, hace esta observación que le dicta la imparcialidad: "En Alemania, lejos de reclamar la Reforma instituciones libres, no diré que aceptase la servidumbre, pero no se quejó viendo que desapa-



recía la libertad." Mucho vale esta confesion del escritor protestante, pero la verdad exige que se diga más aun; despues de cuanto queda someramente indicado, porque no permiten otra cosa los límites de este discurso, me parece que puede asegurarse con suficiente razon que el protestantismo produjo como uno de sus funestos resultados el establecimiento de tiránicos gobiernos; en Inglaterra, en Alemania, en los países septentrionales el poder político impone doctrinas y creencias religiosas por su voluntad, su capricho ó su interés; no tiene autoridad, carece de mision, pero sin mision y sin autoridad se constituye en representante de Dios. ¿Cómo extrañar que estos poderes se convirtieran en absolutos cuando sin más derecho que el de la fuerza y el que les prestaba una rebelion, la Reforma, dictaban leyes para el sagrado de la conciencia? Tales fueron las consecuencias del protestantismo, que contribuyó poderosamente al establecimiento de gobiernos absolutos en las naciones donde arraigó, y que contribuyó tambien á que se planteasen en países católicos por la fuerza de que se revestía el poder para hacer frente á las circunstancias. Y no hay que aducir el ejemplo de Inglaterra, cuyo gobierno representativo ha merecido tantos elogios; la investidura religiosa que el protestantismo concedió al Jefe del Estado no fué la causa ni el origen de esa forma de gobierno; los principios fundamentales del gobierno inglés existían ya con mucha anterioridad; la nacion tenía ya mucho antes, como otros Estados de Europa, garantías políticas de suma importancia y enviaba sus representantes á las Córtes generales del reino; quien no sepa cuanto debió en aquel país la libertad al clero católico, desconoce por completo la historia de Inglaterra.

Además la Reforma, que solo parecía religiosa, adquirió, dice Cantú, importancia política por la parte que los príncipes tomaron ó fueron obligados á tomar en ella, y contribuyó á esto la constitucion de los Estados y el haberse convertido en monarquías. Desde luego comprendieron los príncipes cuanto podría ayudarles para concentrar en sí mismos la jurisdiccion y las rentas; y tal fué el resultado de la confiscacion de los bienes eclesiásticos. Por otra parte, añade el mismo historiador, el desprecio de la influencia romana ayudaba á la obra política de aquel tiempo, que era la transicion del fraccionamiento de los poderes á la monarquía compacta y de

la unidad cristiana á la nacionalidad de cada uno (con la cual, sin embargo, la unidad cristiana no estaba reñida). Al principio sobrevinieron guerras homicidas, y en medio de ellas los príncipes, obligados á usar de sus propias fuerzas, conocieron lo que valían y las emplearon en adquirir una existencia separada que fueron consolidando; aumentaron su importancia con los bienes tomados á las iglesias y con haber concentrado en sí el poder, y desecharon todo temor de una fuerza moderadora que poseía armas ante las cuales se embotaban las suyas.

Y es indudable, porque consignado está en las páginas de la Historia, que cuando el catolicismo había sido respetado, cuando era profesada la religion católica en la Europa civilizada, en vez de notarse que los pueblos pasaran á poder de gobiernos absolutos ó despóticos, se les veía conquistar con lentitud, pero con firmeza, las garantías políticas, las mejoras sociales y las precauciones administrativas que se consideraban necesarias para el bienestar de las naciones. Desaparece la esclavitud para convertirse en servidumbre; pero despues la servidumbre desaparece tambien y los siervos de la gleba llegan á una total emancipacion. Desaparece el feudalismo, y las clases que habían vivido postergadas adquirieron, mediante la extincion de la barbárie, combatida por la Iglesia, y la difusion de la cultura, propagada por humildes monjes, por ricas abadías, por obispos respetados y por Papas esclarecidos, adquirieron, digo, el derecho de hacer oír su voz y de que se tuviera en cuenta su voto en las Asambleas políticas. Desaparece el derecho de la fuerza cuando la Iglesia, protectora de aquella sociedad, dicta códigos que expresan los derechos y los deberes de cada uno; desaparece, mediante la tregua de Dios que predicán repetidas veces los Concilios, la barbárie de las guerras privadas y con ellas las calamidades que afligían á los pueblos; desaparecen los inconvenientes que se oponían á la manifestacion de las fuerzas intelectuales de las clases humildes con la creacion de escuelas, de donde á nadie se excluía por razon de nacimiento; y aparecen las Córtes, los Estados generales, los Parla-mentos, las Dietas, en que tienen representacion todas las clases sociales. Por manera, que la revolucion del siglo xvi no reconoció por causa el que fuese ajada por el catolicismo la dignidad humana, pero la Reforma alhagaba el orgullo; la

Iglesia no menoscababa el individualismo de las naciones, pero el protestantismo daba á los gobiernos una independencia absoluta, que se convirtió en despotismo.

Empezaron á manifestarse los síntomas del protestantismo y sus efectos se dejaron sentir en el órden político antes que en el religioso. Persuadir á los pueblos y á los reyes de que podían vivir en una independencia ilimitada, independencia que se convirtió en hostilidad; persuadirles de que podían separar su causa de la causa general y servir ante todo sus propios intereses, de que debían preferir á todo ese orgulloso individualismo; imbuirles desconfianza y hostilidad contra el supremo poder, contra el custodio de la unidad, contra la Santa Sede, era preparar los acontecimientos que vinieron despues y comenzar el protestantismo en las ideas políticas antes de formularle en las ideas religiosas.

De manera que los intereses temporales ayudaron poderosamente á la Reforma; y no se podrá decir que asigno con esto una causa mezquina á un gran acontecimiento, porque como derivacion de esa causa la Reforma creó poderes, creó intereses, creó sistemas de política, y además ya quedan indicadas las concausas que á la Reforma contribuyeron, propias unas de la naturaleza humana, consecuencia otras del desenvolvimiento de los sucesos en la historia de aquella época.

Los resultados fueron alterar radicalmente el sistema social y político conforme al cual habían vivido los europeos; contribuir de diversos modos á que los gobiernos se hicieran absolutos, desgarrar las naciones con guerras civiles y el continente con guerras internacionales; torcer el curso de la civilizacion; impedir que la raza de Jafet cumpliera una mision nobilísima, y destruir lo que se llamaba la cristiandad, unidad admirable constituida por la solícita atencion de la Iglesia católica, y de que no presenta ejemplos la historia antigua ni la moderna. Ni la larga historia de los antiguos imperios asiáticos, ni la accidentada historia de los griegos, ni la historia importantísima de Roma presentan más que ejemplos de unidad poco duradera, porque faltaba para dar cohesion á la obra de Ciro, de Alejandro y del Senado la autoridad moral, de que no tuvo nocion exacta el mundo antiguo; únicamente la Iglesia, en cuanto es posible dadas las condiciones de la naturaleza humana, pudo constituir ese sistema político, susceptible de perfeccionamiento, cuya des-

trucción no fué compensada y que dió lugar á una política nueva, la política del interés individual.

Desde que la asociacion de pueblos que se llamaba la cristiandad, dice un moderno escritor, ha perdido por las rebeliones del protestantismo su lazo, que era la fé católica, y su unidad, que residía en la autoridad de los Papas, los Estados no tienen otra política que la del interés y del individualismo. Con este régimen egoista y utilitario han podido encontrar algunos instantes de paz y de reposo, mas este reposo nunca ha sido largo y aquella paz fué precaria siempre. Alguna vez, el orgullo humanitario ha creído que los Congresos de las grandes potencias, por la eficacia del derecho y por virtud de la justicia inmanente en las naciones, iban á crear un orden internacional de que el mundo no había hasta entonces tenido idea. Europa está ya desengañada de tales Congresos. El sistema del equilibrio, que esos concilios láicos debían crear y conservar, no ha producido más resultado que imponer en todas partes la voluntad de los Estados provistos de muchos batallones. No hay en la Edad Media dos siglos que hayan visto guerras tan continuas y tan generales como el período de doscientos años trascurridos desde la paz de Westphalia; y sin embargo, estos son tiempos de civilizacion y aquellos son por algunos considerados como tiempos de barbárie, y existían realmente muchos elementos perturbadores.

Cuando toda la cristiandad escuchaba la voz de los Pontífices procedía con unidad, realizaba empresas gloriosísimas, y se aprestaba á combatir injustas agresiones como la del islamismo, que amenazaba la libertad y la independencia de Europa; pero empezó á ser combatida la autoridad de los Pontífices y el protestantismo acabó de destruir la sociedad internacional que había fundado la Iglesia. Despues de la larga anarquía producida por las guerras religiosas, se trató de reconstituir la Europa. Entonces fué cuando Enrique IV concibió, ó aceptó más bien de Sully, lo que se llamó su gran proyecto. El espíritu utilitario reemplazó al espíritu católico, y en las nuevas combinaciones sustituyó á la autoridad de la Santa Sede la política de los intereses, limitándose en la mayoría de los casos á establecer relaciones legales, sin guardar grandes consideraciones á las leyes de la justicia.

